



DON MANUEL VILLALONGIN.

Este insurgente, no obstante que fué de los primeros en tomar las armas en favor de la Independencia y de haber combatido durante varios años, es casi desconocido, y á no ser por algunas referencias que de él hacen los historiadores, y por los trabajos de un coterráneo suyo, quedaría relegado á la categoría de los caudillos anónimos.

Nació en Valladolid el 14 de Julio de 1877, y sus padres, Don José Lino Villalongín y Doña María de la Luz Navarro y Camino, eran personas de buena posición social y perfectamente relacionadas en su ciudad natal. Fué su padrino el Dr. Don José Manuel de Herrera, que después había de figurar en la revolución. El niño Manuel hizo sus primeros estudios en un colegio particular y en seguida se dedicó á las labores del campo en una finca rústica propiedad de su familia; la tradición refiere que era un buen "charro," muy perito en los deportes que tienen relación con el arte de montar á caballo. En 1802 contrajo matrimonio con la señorita Josefa Huerta, perteneciente á una de las principales familias de la ciudad, y tuvo varios hijos, cuyos descendientes viven en Morelia.

"Villalongín era de un carácter entusiasta, fogoso y activo," dice el único biógrafo que ha tenido, y estos sentimientos lo impulsaron á lanzarse á la revolución cuando el Cura Hidalgo llegó á Valladolid después

de lo de Aculco; seguido de algunos mozos de sus fincas, se unió al caudillo cuando éste salió para Guadalajara, dejando á su esposa é hijos en Valladolid. Con el título de Mariscal de campo que le confirió el Generalísimo, tomó parte en la acción del puente de Calderón, á las órdenes de Torres, que mandaba las divisiones de Michoacán y Nueva Galicia. Derrotados los insurgentes, que fiados en obtener la victoria ni siquiera habían designado de antemano un punto de reunión en caso de derrota, los diversos cuerpos que componían el ejército se disgregaron, y cada jefe tomó el rumbo que le pareció más conveniente.

Villalongín se dirigió á Michoacán, cuyo territorio le era muy conocido y que tan admirablemente se presta para la guerra de guerrillas, sistema que instintivamente adoptaron todos los jefes; nativos de ella como Muñiz, Navarrete, López, Rayón. etc., los que tan pronto unidos como separadamente consiguieron que en siete años el Gobierno español no poseyese de la provincia más que la capital, que se veía amenazada de continuo. Villalongín tomó parte en los varios ataques que dieron á Valladolid los diversos jefes insurgentes que merodeaban en la provincia, y no podía haber faltado al de 22 de Diciembre de 1813, dado por Morelos y que tuvo un éxito tan desgraciado. En uno de ellos, Villalongín realizó por su cuenta una hazaña que pudo haberlo hecho dueño de la plaza si la hubiera meditado más y si hubiera reunido algunas tropas más que las de que disponía; sucedió el caso en el mes de Septiembre de 1811.

Hemos dicho que el insurgente dejó á su familia en Valladolid, creyendo que allí estaría segura y que las autoridades coloniales no cometerían ningún desafuero con una señora y unos niños pequeños que en nada se mezclaban en los asuntos públicos, pero se equivocó, pues el Intendente Trujillo, el derrotado de las Cruces, persiguió á la señora de mil modos, y al fin la envió en calidad de presa á la casa de Re-

cogidas, notificándola que si su marido no se presentaba en determinado plazo á solicitar el indulto, la fusilaría. Sabedor Villalongín de esta amenaza, se dirigió sobre Valladolid, de donde á la sazón estaba ausente Trujillo; con la corta fuerza que mandab se presentó inopinadamente en la garita del Zapote, haciendo huir al retén que había allí, y penetró á la ciudad, llegó con su asistente á la casa de Recogidas, sacó á su esposa, sin que la guarnición hubiera tenido tiempo de reponerse de la sorpresa; ya en la garita, esperó Villalongín al escuadrón que el Comandante Sola destacó contra él y le hizo frente mientras la señora era puesta en salvo, y consiguió rechazarlo, agregando á la astucia la burla, pues dió orden á sus soldados que azotasen á cintarazos los caballos de sus enemigos, ya que por ser tan corta su fuerza no podía hacer prisioneros. Sola creyó perdida la población y antes de evacuarla quiso tentar el último recurso llamando violentamente á Linares, que iba camino de Zamora y que á marchas forzadas regresó á Valladolid. Villalongín, después de permanecer casi todo el día en la garita conquistada, se retiró sin ser perseguido.

Esta hazaña le dió mucha fama en la provincia é hizo que los Comandantes realistas lo persiguiesen con insistencia muchas ocasiones, pero en todas consiguió escapar; sin embargo, después de la derrota de Puruarán, la revolución declinó visiblemente y uno tras otro fueron muriendo ó cayendo prisioneros los insurgentes, llegándole su turno á Villalongín; en Octubre de 1814 se encontraba en Puruándiro con una gruesa partida de tropas disponiéndose á internarse por el Sur cuando Iturbide formó el plan de capturarlo; de la hacienda de Pantoja marchó á Yuriria é hizo una serie de movimientos incomprensible al parecer, pero que tenían por objeto inspirar confianza á aquél; cuando lo creyó conveniente despachó al Teniente Coronel Felipe Castañón á Puruándiro dándole instrucciones para que llegase el 2 de Noviembre, día que por' la solemnidad religiosa que se ce-

lebra, los insurgentes habían de estar descuidados. Así se hizo y en la madrugada de ese día el jefe realista sorprendió á los del campo insurgente, que no tuvieron ni tiempo de defenderse; los que no tuvieron tiempo de huir, completamente desarmados, murieron á manos de los asaltantes, y entre ellos e contó Villalongín, no obstante que vendió cara su vida; con él perecieron sesenta y cuatro de sus subordinados y su muerte ayudó mucho á la pacificación de la provincia.

La plazuela de las Animas, de Morelia, ensanchada, se llama hoy de Villalongín, así como una calle de Puruándiro, y los descendientes del caudillo viven aún en aquella ciudad.